

Próximo número:

La preciosa producción nacional:

La Reina Mora

según la célebre zarzuela del mismo nombre

Creación de los célebres artistas:

Carmen de Córdoba,
José Montenegro,
María Comendador,
Consuelo Reyes,
Antonio Varela,
José Aguilera, etc.

ÉXITO ENORME

Postal-fotografía regalo: FLORA LE BRETON

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles PRECIO 25 Cts.

¡Siempre las mejores películas!

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 236

25 cts.



LA MEJOR
VENGANZA

POR
THOMAS MEIGHAN
LILA LEE
Filmoteca
de Catalunya



GREEN, Alfred E.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 236

LA MEJOR VENGANZA
(Back home and broke, 1922)
Interesante comedia americana, interpretada

por los grandes artistas

THOMAS MEIGHAN y LILA LEE

8

Producción **PARAMOUNT**

Exclusiva de
SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JACK MULHALL



LA MEJOR VENGANZA

Argumento de la película

Para los viajeros que, procedentes de las grandes urbes, pasaban por él sin detenerse, Bradford era un pueblecito. En cambio para los campesinos, que, con el fin de vender los productos de sus tierras, llegaban a él todas las mañanas, era una verdadera ciudad. Entre estas dos opiniones, los habitantes de Bradford, llevados de su natural orgullo, se inclinaban más por la última.

Pero era lo cierto que Bradford carecía de tráfico y los policías encargados de la circulación se pasaban bostezando la mayor parte del día. La gente permanecía encerrada en sus casas y sólo de vez en cuando un transeunte hacía recordar con sus pisadas que la vida no se había extinguido del todo.

El único lugar donde se notaba algún movimiento era en la fábrica de Redding e hijo, en cuyos talleres se hallaba empleada la mayor parte de la población masculina de Bradford.

Sus dueños eran inmensamente ricos, al parecer. En aquella pequeña ciudad, nadie lograba sobresalir en lujo a la familia del fabricante.

Cuando los Redding daban una fiesta, las personas importantes de Bradford acudían a ella en masa.

El hijo del matrimonio Redding era un muchacho francote y simpático que hacía suspirar a to-

das las jovencitas de la ciudad y sus contornos. ¡Magnífico partido! Le rodeaban en todas las fiestas, procurando atraer su atención con lánguidas y subyugadoras miradas. Pero entre todas las admiradoras, destacaba Olivia Horny que se consideraba a sí misma como la reina de la juventud y la indiscutible belleza de Bradford. Aunque no oficialmente, todo el mundo la tenía por novia de Tomás Redding.

Las reuniones se sucedían con frecuencia. El invento de la T. S. H. distraía a todos los concurrentes, y las diferentes estaciones de radio transmitían los cantos y bailes que tenían lugar en lejanos países.

Era Tomás el encargado de buscar la onda y para dar variedad al programa recorría continuamente los diversos puntos emisores.

Entre aquel mundo principal de la pequeña ciudad, figuraban algunas interesantes personas, con todos los prejuicios y defectos de las gentes arrimadas a su campanario: Hornby, un comerciante, que en su Gran Almacén de tres pisos vendía todo lo que puede venderse con alguna ganancia; Horacio Beemer, propietario de una tienda de comestibles, en la cual sus parroquianos no encontraban nunca lo que deseaban; Otis Grimley, uno de los hombres más ricos de la localidad y el único banquero de Bradford; y Eustaquio Grimley, hijo del banquero al que se le subía a la cabeza el dinero de su padre y que se creía un príncipe heredero.

Eustaquio pretendía a Olivia, pero la muchacha, deseosa de los millones de Tomás, ni siquiera se dignaba escucharle.

El hijo de Redding, a pesar de su aparente frialdad y de las atenciones que prodigaba a Olivia,

tenía el corazón y la cabeza alejados de la fiesta. Pensaba en una vecinita humilde y bondadosa, llamada María Austin, una adorable criatura de pelo moreno y tez blanca como la leche, que trabajaba en el despacho de Redding.

Aquella vida de fiestas y reuniones aburría soberanamente a Tomás. Y de este modo, entre risas y canciones que aturdían, fueron deslizándose los meses para el joven, hasta que un día Silas Redding, el padre, se fué al otro mundo.

La desaparición del fabricante mostró a la luz una porción de cosas que permanecían ocultas. Se supo que la fortuna de Silas había ido mermando en términos considerables, absorbida por negocios desgraciados y audaces especulaciones fracasadas. Y que los grandes personajes de la población habían prestado en otro tiempo a Silas Redding "por hacer un favor al amigo", importantes cantidades, cobrándole, "como es natural", un interés suplementario de un dos por ciento además del corriente y asegurándose con la correspondiente hipoteca.

La viuda Redding y su hijo Tomás pudieron comprobar que su situación era desdichada y que todo el lujo anterior había sido mantenido de una manera falsa y artificial. Minas de oro de las que papá aparecía como dueño, no tenían pizca de metal aurífero. Pozos de petróleo en los que jamás brotó el precioso combustible líquido, terrenos incultos para siempre; tal era la riqueza de Redding.

Pero Tomás no se dejaba arredrar por las malas noticias.

—Se pagará todo — decía a los acreedores—. Pero déjennos algún tiempo...

—Su padre de usted se metió en muchas empresas locas. Si en vez de meterse en negocios arries-

gados hubiese atendido exclusivamente a su fábrica, ahora no nos veríamos expuestos a perder nuestro dinero...

—Lo que hizo mi padre no es tiempo de discutirlo ahora. ¡Mi madre y yo pagaremos todas sus deudas!

Se repetía el caso de siempre: la soledad y una hostilidad mal encubierta envolviendo a los desgraciados. Las antiguas relaciones les volvieron la espalda y los amigos que antes les adulaban creyendo llegaría hasta ellos de algún modo el eco de la riqueza, huían ahora, temerosos del contagio cruel de la escasez.

Y el pueblo parecía gozarse en aquel dolor. Experimentaba el malsano placer de todas las gentes envidiosas que sonríen ante la caída del prójimo, cuanto más alta y más dura, más halagadora para sus instintos... En un momento se acabaron las amistades, y Tomás y su madre se vieron objetos de la general indiferencia. Y Olivia, la muchacha que antaño tendía las redes de su coquetería para pescar el soñado dote, ahora había negado el saludo a Tomás, instruida por los buenos consejos de su madre.

—Olivia, hija mía — le decía ésta—; tienes que olvidar a Tomás... Ya no pertenece a nuestra clase...

—¿Te parece que...? Eustaquio?...

—Es éste el mejor partido de Bradford... No lo dejes escapar.

Sólo la antigua secretaria de Redding, María Austin, seguía prodigando a Tomás todas sus exquisitas atenciones.

—María, usted ha sido secretaria de mi padre durante mucho tiempo. Ahora la necesito a usted más que nunca.

—Estoy por entero a sus órdenes.

—Quizá pueda usted darme algunos informes acerca de los últimos negocios de mi padre.

Pero a pesar de sus mutuos esfuerzos y buena voluntad, no lograron afianzar el crédito perdido.



—*María, ha sido usted secretaria de mi padre durante mucho tiempo...*

Y todo se hundía rápidamente y horas de melancolía vinieron a suceder a las antiguas jornadas de felicidad. Los acreedores querían cobrar y no reparaban en arruinarles hasta conseguir su propósito. Y la antigua mansión de los Redding fué abandonada por sus dueños que tuvieron que refugiarse en una pequeña casita, más humilde y pobre comparada con la fastuosidad anterior.

Inesita era una solterona del pueblo, siempre a

caza de toda clase de noticias, una verdadera paloma mensajera que le llevaba siempre ocho horas de ventaja al periódico de la noche. Gozaba con maligna satisfacción pregonando por todas partes la ruina de los Redding.

Grimley, el banquero de la localidad, quedóse con la fábrica y con la casa de los Redding. Eustaquio, el hijo, fué puesto al frente del establecimiento. Pero este muchacho, hombre perfectamente inútil para todo, comprendió que fracasaría de no tener a su lado alguna persona que le orientase, y como Tomás Redding conocía el negocio, le ofreció un puesto de jefe del taller.

—No quiero que usted quede en la calle... Será usted un colaborador mío, con buen sueldo. ¿Le conviene?

—Acepto...

¡Qué remedio le quedaba!... Y en la fábrica donde pocos meses antes era el dueño y señor, los demás obreros le miraban ahora con una sonrisa procaz al verle descender tan bajo. Todos los elogios los dedicaban a Eustaquio, el nuevo propietario.

María Austin, que amaba en silencio a Tomás, sin atreverse nunca a manifestar su cariño, sentía en el alma las adversidades que caían sobre él.

Juan Austin, el padre de María, era un pobre chiflado que perdía el tiempo, dedicado a "grandes inventos"... Confiaba en descubrir algo sensacional que le enriqueciera de pronto y para ello, en otra ocasión, había hablado con Redding que le prometió su decidido apoyo.

—Padre — le dijo una tarde, María... — no me había atrevido a manifestárselo antes, pero el caso es que los Redding se han quedado sin un céntimo...

—¿Cómo es posible? ¡Una fortuna tan enorme hecha trizas!... ¡Y yo que siempre había confiado en que ellos me ayudarían cuando llegase el momento oportuno!

—Tal vez Tomás logre algún día rehacer su fortuna... Ahora no es más que un empleado de su antigua fábrica...

Tomás se sentía amargado... Todo el mundo se alejaba de él, como de un apestado y Olivia había roto definitivamente, después de mostrar su alma al desnudo, cínica y egoísta...

Y un sentimiento de odio contra todas las gentes, hombres y mujeres, hacía soñar a Tomás en la alegría de abandonar el pueblo, triste como un sepulcro, lleno de murmuraciones y de pecados que ocultaba bajo su hipócrita vestidura de verdad.

—¡Oh, madre!... Los amigos de papá nos han dejado en la miseria... Olivia apenas ha sabido que lo habíamos perdido todo, se ha apresurado a encontrarme sustituto... Hace un mes todos nos querían... ahora no nos miran a la cara... ¡Qué triste es todo esto, pero qué humano!...

—Hijo mío... hijo mío... ¡Cómo debe sufrir tu corazón joven...! Pero, ¿por qué has aceptado un cargo en la propia fábrica nuestra?... ¡Mayor humillación no la hubo!...

—La vida no entiende de sentimientos, mamá. Lo que pasa es que debemos comer cada día y como nuestra fortuna ha desaparecido, hay que suplirla con mi trabajo. Pero... ánimo... ¡ya vendrán mejores tiempos!...

Y ante la buena madre, procuraba ocultar el odio que roía su corazón para mostrarse resignado con la desgracia.

Un día tuvo un incidente en la calle con uno de

los antiguos amigos de papá, que pasaban ahora sin saludarle... Alguien jugaba al golf y la pelota vino rápida a caer junto a Tomás que departía tranquilamente con María Austin.

Redding cogió la pelota tirándola de nuevo al grupo de jugadores con tan mala suerte que dió en el pecho de Eustaquio Grimley. No tuvo el golpe consecuencia ninguna. Pero Eustaquio, que quería humillar a su antiguo rival, le denunció a la policía, y Tomás tuvo que presentarse al día siguiente en el despacho del Alcalde.

Inesilla se hallaba en la Oficina Municipal, recogiendo abundante material para chismear por el pueblo.

El Alcalde dió la razón a Grimley, impidiendo a Tomás su legítimo derecho de defensa.

—Cállese usted. Pagará usted diecisiete dólares en concepto de multa o diecisiete días en la cárcel... Escoja lo que más le convenga.

—¡Diecisiete dólares! ¿Y de dónde quiere usted que los saque?... No tendré más remedio que ir a la cárcel, señor.

—Pues irá usted inmediatamente... ¡Eh!... Antonio, encierren a este hombre en el calabozo.

El guardia le miró con ojos bondadosos, de hombre compasivo que comprende las tristezas de la vida. El recordaba al Tomás triunfador y agasajado de otros tiempos... Y ahora... por una ridiculez... se vería encerrado en la cárcel... por no poseer unos billetes.

—Tenga usted — le dijo en voz baja.

Y depositó en sus manos los dólares que le exigían. Una profunda sorpresa se retrató en el rostro de Tomás.

—Señor Alcalde — balbució emocionado—, Sí,

sí... los tengo. Aquí está el importe de la multa...

—¡Ah!. Perfectamente... Está usted libre... Y váyase con cuidado otra vez.

Salió Tomás y murmuró al pasar ante el guardia:

—No lo olvidaré nunca...

La calle le parecía más hermosa que antes... Aún quedaban almas buenas en el mundo. En aquella Bradford odiosa, el pobre policía Antonio había hecho por él algo grande... ¡Buen hombre! Si algún día fuera posible, le pagaría con creces!

Llegó a su casa y contó a mamá lo ocurrido.

—Estoy seguro que ahora Grimley va a despedirme del taller. Si encontrara algo nuevo que me librara de ellos...

Leyó un periódico y sus ojos tropezaron con esta noticia:

Nuevo descubrimiento de petróleo.

En la cuenca petrolífera del distrito de Kempton acaban de brotar dos nuevos pozos de enorme rendimiento. Hace algunos años estos terrenos fueron denunciados sin ningún resultado. Los recientes adelantos en la construcción de maquinaria perforadora han permitido alcanzar tal éxito.

Pareció hacerse la luz en el cerebro de Tomás. Fué a su escritorio y sacó un legajo de papeles.

—Madre, se han descubierto dos pozos en Kempton. Y papá tenía una opción de arriendo de unos terrenos petrolíferos de aquellos contornos. Aquí están los títulos... Están a punto de vencer... ¿Cómo no me había acordado antes?... Esto puede ser nuestra salvación... ¡Yo iré a Kempton a buscar petróleo!

—¿Tú abandonarme? ¿Tú dejarme sola en poder de esos buitres?...

—Será un sacrificio de unos meses tan sólo. Com-

prende, mamá. Aquí nos esperan la miseria y la explotación más indignas. Mientras que allá...

Llegó María Austin, amiga de la señora Redding, cuya amistad habíase acrecentado a raíz de la desgracia. Tomás sentía por esta joven su primer sentimiento de amor y ahora agradecía sus atenciones con una sonrisa de reconocimiento. Pero... ¡no era momento oportuno para pensar en novias! Se trataba de la vida, del porvenir, del pan.

—María — dijo la señora Redding —, llegas a tiempo. ¿No te parece a ti que Tomás no debe correr tal peligro? Quiere ir a Kempton y es expuesta aquella comarca.

—Lea el periódico, María, antes de ponerse del lado de mamá — repuso, Tomás, sonriente.

Y la muchacha, después que se hizo cargo de todo, contestó:

—Pues, señora Redding, yo creo que su hijo debe ir... Yendo corre el albur de recobrar lo perdido y de ganar diez veces más... Y si quiere un socio o algún apoyo... yo...

—Calle, calle, María. Esto último, no. Iré a Kempton con mis propias fuerzas.

—Hijo mío, no quisiera contradecir tu voluntad... Que Dios te acompañe. Yo me quedaré aquí sola para rezar.

—Sola, no, señora Redding — dijo abrazándola María —. Yo seré para usted una buena muchacha que la cuidará...

Y era como una hija cariñosa, que mima a la madre viejecita. Tomás sintió en el alma el temblor de la emoción.

Pero al día siguiente, María Austin volvió a casa de Tomás, y entregándole un sobre le dijo con la más fina de sus sonrisas:

—Vamos a ver, señor minero... ¿Cuántas acciones

de su negocio me da usted por ochocientos dólares?

Y puso en sus manos el sobre abierto, por el que asomaban los billetes de Banco.

—Usted... Usted me entrega esto... en depósito... ¡Sus ahorros! No. ¡Yo no debo admitirlo!

—Es que no es un regalo, Tomás... Yo soy ambiciosa. En casa hemos ahorrado algún dinero y



A la mañana siguiente, Tomás marchaba a Kempton.

queremos ponerlo en algo provechoso... Tenemos confianza en su negocio de usted.

—Es muy expuesto, María. Yo no podría permitir que usted se arruinase.

—Tomás, me ofenderá usted si no acepta mi colaboración... Ande, tome usted.

Aún porfiaron unos minutos. Pero, finalmente, Tomás cedió a las súplicas de su amiga:

—Lo acepto con la condición de que desde ahora en adelante hemos de ir a medias en todos los negocios.

—Aceptado — dijo sonriente María—. Y entretanto, yo procuraré que no le falte nada a su madre.

A la mañana siguiente, Tomás marchaba a Kempton, a la conquista del petróleo, no sin que Inesita se enterara, por alguien que había madrugado más que ella, de la noticia y la divulgase por todo Bradford con inusitada celeridad.

Algunos de los personajes de la población hicieron impertinentes reflexiones al muchacho:

—Tenga presente que, si la cosa le sale mal, quedará usted en la mayor miseria.

—No necesito consejo de ustedes. Sé muy bien cómo he de arreglar mi vida.

—Claro... ¡el hombre de experiencia!

—El hombre que no se burlaría de la adversidad como hacen ustedes ahora.

Y les dirigió tal mirada de desdén que los otros optaron por bajar los ojos y marcharse. Pero murmuraban por el camino:

—Volverá más pobre que ahora. Ya lo veréis.

**

Pasaron algunos días. Tomás había llegado a los pozos de petróleo de Oklahoma, en la cuenca del Kempton. Trabajaba con fe, con una constancia desesperada.

Y aunque el petróleo se empeñase en no brotar, Tomás no perdía la esperanza y arriesgaba su último centavo.

En la parte de terreno que en otro tiempo había adquirido su padre, los obreros trabajaban noche y día para hacer saltar el problemático chorro del ma-

nantial. Todos los esfuerzos eran, por el momento, inútiles. El sondeo resultaba ineficaz.

Desesperaba ya de lograr su objeto, cuando le comunicaron que a poca distancia de allí, al otro lado de la loma, había brotado petróleo en un pozo del terreno de Parker, otro excavador que llevaba mucho tiempo allí.

Siguió con nuevos ánimos la lucha. Pero surgió una contrariedad grave: la falta de recursos. El último dinero que a él le quedaba y el donado tan generosamente por María, habían sido empleados en jornales y material. Un sábado encontré con la desagradable sorpresa de ver su caja vacía.

Y los obreros, hombres que consumían cuanto ganaban, no podían esperar. Y amenazaron con declararse en huelga si no se les abonaba el salario.

—He entretenido a la gente cuanto he podido— explicó el capataz—. Pero dicen que si no se les paga hoy mismo, se marcharán.

—Unos días de paciencia. Encontraremos petróleo.

—¡Quién sabe! Pero lo primero es el jornal. Si usted no paga tendrá que paralizarse todo.

Tomás comenzaba a sentirse desesperado. Las cosas iban mal. Acababa de recibir una carta de su madre que escribía:

“Hijo mío: Yo no quería importunarte, pero ya no sé qué hacer con los acreedores. El señor Hornby dice que se llevará el piano, y el tendero se niega ya a venderme al fiado. Cuando voy por la calle, la gente me mira como si le inspirase lástima y como diciendo: “le debe dinero a todo el mundo”. María se ha portado muy bien conmigo. Solamente mi resignación y la confianza de que tú triunfes, me hacen soportable esta vida.”

—¡Lea usted! — dijo, tendiéndole el papel al capataz—. Y vea las dificultades con que lucho.

—¡Vaya, vaya!... ¡No lo sabía!—respondió conmovido el encargado—. Esto ya es otra cosa... O poco puedo, o he de hacer que la gente continúe en el trabajo otro día más.

Y aquel grupo de obreros resignóse a esperar unas horas. Con ansia, con rabia loca, lanzóse a la perforación del subsuelo, que se mantenía seco y árido, sin filtraciones del suspirado líquido.

Pero al anochecer, los excavadores contemplaron emocionados cómo surgía de la tierra una enorme columna de petróleo, y lanzaron gritos de júbilo como ante una aparición sobrenatural.

—¡Petrólo... Señor Redding... Petrólo!

Tomás abrazaba a sus compañeros con una hermosa fraternidad. Todos tendrían su recompensa; habían realizado una obra extraordinaria y fecunda y consentido en trabajar sin la seguridad del jornal. ¡Hombres buenos! Ahora llegaba el momento de la gloria. ¡A beber, a catar todas las vides, ofrendando a la alegría el recuerdo de las asperezas pasadas!

El primer impulso de Tomás fué comunicar a su madre la noticia, pero luego decidió callarse la noticia, con el fin de dar una gran sorpresa a su madre y a otra personilla.

La buena señora Redding sufría lo indecible en Bradford. Muchas veces pasaba por la antigua casa que le había pertenecido y donde estaban instalados ahora, con todas las comodidades, los Grimley. Y lloraba, recordando el tiempo aquel en que las cosas no estaban transtornadas.

Llena de privaciones, sin otro apoyo que el de María Austin, la señora Redding fué un día a ofrecer

sus servicios a una tienda. Pero la rechazaron alegando que tenía demasiada edad.

Deslizáronse los días. Firmada la escritura de arriendo, organizada la explotación y con una fabulosa riqueza en perspectiva, Tomás Redding, el nuevo monarca del petróleo, de paso para Bradford se detuvo en una ciudad a comprar ropa elegante.

En su terreno, el petróleo surgía como una fuente inagotable, y nuevos sondeos habían probado la existencia de inmensas lagunas interiores. ¡Oh, era millo-nario! ¡Qué espectáculo cuando regresase al pueblo natal convertido en un ser fabuloso!

En la ciudad topóse con Billy Andrew, un abogado que fué compañero de colegio suyo durante varios años. Le explicó su nueva existencia de vencedor, mostrándole columnas de números que pregonaban su riqueza:

—Estos números deben representar, con toda seguridad, lo que los países de Europa deben a los Estados Unidos—dijo Billy.

—¡Ca, hombre! Este es el capital social de una Compañía de la que soy Presidente, mejor dicho, dueño... Si quisiera vender hoy, me darían más de ocho millones.

—¡Qué sorpresa cuando se enteren en Bradford!

—Voy a darles el gran susto... Se van a caer de espaldas...

—Tomás, ¿no te parece más práctico llegar al pueblo fingiendo que estás completamente tronado? Sería la mejor manera de saber quiénes son tus verdaderos amigos.

—Billy... es verdad... Has tenido la gran idea... Volveré a Bradford fingiendo que no tengo un céntimo... Pero a mi madre le diré la verdad, ¿no te parece?

—No le digas jamás a ninguna mujer lo que quieras ocultar...

—Pero, Billy...

—... ni tampoco a ningún hombre—terminó sonriente el abogado.

Y, tal como convinieron, cuando Tomás llegó a Bradford no parecía el Rey del Petróleo, y por ello no fué extraño que sus antiguos amigos le recibieran con burla. Vestía modestamente, con el aire de un hombre vencido.

Había enviado sendos telefonemas a su madre y a María, concebidos de este modo:

“Mamá: Llegaré a casa esta semana para tomar una buena taza de café hecho por ti.”

“María: El paisaje aquí es un desencanto. Echo de menos muchas cosas. Puestas de sol magníficas. Regresaré pronto.”

Las dos mujeres comentaron los extraños mensajes. ¿Cómo Tomás, en aquellos momentos de dificultades y amarguras, tenía tal humor?

Tomás, al llegar a Bradford, comenzó su comedia, dirigiéndose a visitar al banquero Grimley en demanda de un empleo.

El banquero sonrió satisfecho, complaciéndose en ver a Redding en la mayor miseria.

—No, no tengo nada para usted. Bien ha pagado ahora sus locas ilusiones. ¡Descubrir petróleo! Ya ve usted el resultado: sin un céntimo y sin ocupación.

—Sí, es verdad... Pero mi juventud...

—Vaya, vaya a ver a mi hijo... quizá él le ocupe en la fábrica.

Era muy duro para Tomás tener que humillarse ante su afortunado rival, pero decidido a vengarse

de cuantos le habían zaherido, le visitó poco después:

—Desearía saber si puedo volver a ocupar mi antiguo empleo.

Eustaquio no podía reprimir su satisfacción.

—Me lo figuraba, Redding... En su puesto hemos



—Me lo figuraba, Redding... En su puesto hemos ocupado a otra persona...

ocupado a otra persona, pero veremos si encontramos algo para usted.

Y cuando le vió salir del despacho exclamó con júbilo malsano:

—¡Esto es inmenso! ¡Tomás Redding humillándose de esa manera para pedirme trabajo!

La noticia de la vuelta de Tomás se esparció velozmente. Y todos comentaban;

—Tiene aire de vagabundo. Y dicen que ha perdido sus últimos dólares...

Tomás seguía desempeñando su papel a las mil maravillas. Se dirigió a casa de su madre, y por el camino tropezó con varios conocidos, y todos, uná-



Abrió en silencio la puerta de su hogar.

nimemente, le recriminaron por haberse marchado.

Abrió en silencio la puerta de su hogar...

Madre e hijo se confundieron en estrecho abrazo. La señora Redding lloraba de emoción y comenzó a contar sus penas y su miseria. Tomás la atajó:

—Bueno, mamá. Todo marcha admirablemente. No

te preocupes. He encontrado trabajo en la fábrica.

La madre siguió explicando cómo la habían humillado, embargándole el piano y los muebles de algún valor.

Una lucecilla de ira brilló en los ojos del joven.

Salió de su casa, con indignación que procuraba ocultar bajo una sonrisa tranquila.

Encontró el señor Grimley y le dijo:

—Señor Grimley, le aconsejo a usted que avise al Asilo de Ancianos para que le reserven una habitación. Me parece que va a llenarse muy pronto.

El banquero le miró estupefacto. ¡El muchacho se habría vuelto loco!

Tomás, sonriente, agregó, dirigiéndose al tendero Hornby que acompañaba a Grimley.

—Señor Hornby, cuando tenga usted que trabajar para mí, le haré limpiarme los zapatos todas las mañanas.

No tuvo el comerciante ánimos para contestar. Tomás se alejó satisfecho de su conducta.

Quería vengarse de cuantos le injuriaron, pero no olvidaba tampoco a los que fueron buenos con él. Y fué a la calle donde se hallaba de guardia Antonio, el policía que en otro tiempo le socorrió, y dijo:

—Antonio, usted me ayudó en mi hora de necesidad, y como recompensa he decidido que le nombren Jefe de Policía.

—Vamos, Tomás; usted se está burlando de mí.

—Le hablo formalmente.

Cuando aquel día regresó a su hogar, Redding no podía ocultar su satisfacción.

—Madre, usted tendrá una casa con cincuenta habitaciones y un piano Steinway en cada una de ellas.

—¡Cómo disparatas esta noche!

—¡Bah! Quién sabe, madre.

Luego, apuntó en un librito de notas:

“1 Tienda de comestibles

1 Banco



—Señor Hornby, cuando tenga usted que trabajar para mí, le haré limpiarme los zapatos todas las mañanas.

1 Fábrica

1 Gran almacén

1 Casa de mis padres.”

—Pero, ¿qué haces?

—Es una lista de las cosas que pienso comprar.

—Me das miedo, hijo. Tú no estás bien de la cabeza.

—Cálmate, madre. Que has de ver aún cosas muy extrañas.

Antes de cenar leyó el periódico de la localidad. Se ocupaban de él en una crónica de ironía, y acababan con este párrafo:

“Bien venido seas, Tomás. Saliste con el objeto de descubrir un mundo de petróleo, y has regresado esta mañana sin petróleo y sin mundo. Si no regresas rico en oro, por lo menos vuelves rico de experiencia.”

Sonrió Redding, y a la lista de cosas para comprar agregó:

“1 Periódico.”

A la mañana siguiente, Tomás se dispuso a proseguir la comedia.

Visitó a los Austin, y no pudo ocultar su emoción cuando estrechó la mano de María. Pero como el padre estaba delante, no pudo explicar los hondos sentimientos que latían en su corazón.

María le miraba con cierta lástima. ¡Cómo había vuelto el pobre! ¡Sus dólares se habrían probablemente perdido! Y Tomás se contentaba con envolverla en una mirada de amor, sin aludir para nada a su pasado.

Hablaron de los inventos de Austin y éste se quejaba de su falta de dinero.

—Necesito algunos miles de dólares para empezar a fabricar mi nuevo motor... María tenía ochocientos dólares, pero los invirtió en acciones de terrenos de la Florida.

Tomás y María cambiaron una mirada de inteligencia. El joven respondió:

—No se preocupe, señor Austin... Usted tendrá una fábrica más grande que la de Grimley.

—¡Ah, señor Redding, si eso fuera posible!...

—Lo será, amigo mío.

Después de conversar todavía un rato con aquella simpática familia, Tomás emprendió el regreso hacia su casa. Por el camino topó con Olivia, su antigua novia, y la saludó. Pero la muchacha no estaba dispuesta a reanudar las antiguas relaciones.

—Sentimos mucho lo que te ha sucedido, Tomás, pero... tú debes comprender... el mundo... las conveniencias sociales...

—¡Oh, tienes razón!... Yo nunca he querido ser para tí un obstáculo... Yo soy un miserable, ¿cómo ibas a unirme conmigo?

—No es eso, Tomás...

—Y yo creo que haces muy bien, Olivia; pero, ¿no te arrepentirás alguna vez?

Dijo esto último con extraña entonación, y despidióse precipitadamente de Olivia, que le contempló con una sonrisa de lástima. ¡Arrepentirse ella de no haber hecho caso a un pobre diablo! ¡Qué tontería!

Un vendedor de diarios pregona las ediciones nocturnas.

—Chico, ¿me fías un periódico?—preguntó Tomás.

—Sí, señor... Yo le conocía a usted mucho y sé que es usted buena persona.

—Gracias, chico. Te prometo que muy pronto vas a tener una tienda con periódicos, revistas y cigarrillos...

El vendedor se le quedó mirando, viendo cómo se alejaba con su aire despreocupado y feliz.

—¡Está mochales perdido!—exclamó riendo.

También la señora Redding comenzaba a preocuparse por la salud de su hijo. Le parecía que aquella

tranquilidad no era propia del hombre que se ve en la situación en que estaba Tomás.

Pero el joven no quería por el momento satisfacer las impacencias maternas.

Se propuso llegar hasta el fin, implacable en su venganza. Se dió cuenta de que necesitaba un agente de compras, y escribió a su amigo Billy esta carta:

“Ven acá a comprar todo el pueblo. Representarás a Dupont Keene, un millonario que no existe; pero si te ven manejar abundantes cheques nadie se detendrá en averiguarlo. Ahora llega la mía.”

Dos días después, el nuevo agente de Tomás llegaba a Bradford. Aquella noche, el periódico de la localidad trajo la siguiente noticia:

“Un multimillonario invertirá su fortuna en Bradford.”

“Dupont Keene, mago de los negocios, proyecta grandes obras. Pronto comenzarán la construcción de unos gigantescos almacenes, una inmensa fábrica para competir con la de Grimley e Hijo, y abrirá varias tiendas de comestibles modernas.”

Este suelto causó en Bradford una sensación indescriptible. Cada uno de los magnates de la población se vió repentinamente amenazado en sus intereses por aquel millonario que iba a absorberlo todo. Porque no eran inexactitudes, no eran exageraciones. En ocasión en que estaban reunidos en la Banca de Grimley los principales vecinos de Bradford, presentóse Billy como representante del gigantesco Dupont, a abrir una cuenta corriente en el Banco, encabezando la primera partida con 500,000 dólares.

Cayó aquello como una tromba. Y al otro día, Billy visitó al alcalde de la población para anunciarle:

—El señor Dupont, que piensa establecerse en Bradford, está dispuesto a pagar la construcción de un par-

que, destinando para ello trescientos mil dólares...

El Alcalde le miró asombrado.

—¡Admirable, señor!... Todos hemos soñado durante mucho tiempo en dotar a Bradford con un parque público...

—Bien... bien... pero el señor Keene pone únicamente una condición.

—¡Cuántas quiera!...

—Que nombre usted inmediatamente a Antonio Clivison, jefe de policía.

—¡A Antonio! ¿No se equivoca usted? Mire cuánto tiene categoría...

—Es la única condición que pone... Pero irrevocable.

—Bien... bien... no le oculto que me sorprende tan raro capricho... Mas ya que él se empeña...

Tomás, reintegrado a su empleo en la fábrica de Grimley, esperaba tranquilamente los acontecimientos... Billy trabajaba de firme aquellos días. Visitó a María Austin manifestándole con la naturalidad mayor del mundo:

—El señor Keene quiere que usted participe en sus negocios... No conoce a nadie en el pueblo, pero por referencias tiene buenos informes de usted. La asocia a su negocio... Tendrá usted una participación del cincuenta por ciento en sus asuntos... Usted pondrá su trabajo, su labor... No es un regalo; simplemente se necesitan ustedes dos.

—Pero... yo no puedo aceptar esto... Yo no conozco a este señor...

—¡Bah!... ¿No ha leído la prensa? Por de pronto hágame el obsequio de aceptar estos quinientos dólares a cuenta de sus honorarios. Ocupará usted uno de los primeros cargos en las Oficinas de Keene.

La joven quedó deslumbrada. ¿Era posible tanta

felicidad? E inmediatamente pensó en Tomás. ¡Oh! Tal vez a su amigo le ofrecieran también un empleo.

Billy no perdía el tiempo. Gestionó la compra de la fábrica de Grimley y le sirvió de cicerone, por orden de Eustaquio, su amigo Tomás, muy severo y



—*María, es usted la única persona de Bradford que tiene fe en mí.*

digno bajo su nuevo empleo humilde.

Y aquella noche, Billy pudo comunicar a Redding magníficas noticias:

—Ya casi todo el pueblo es tuyo... He comprado el Banco, la fábrica, la tienda de comestibles, y no sé

cuántas cosas más... Se resistían primero a desprenderse de lo suyo, pero les he amenazado con una competencia feroz que les sumiría en la miseria. De esta manera, he logrado que quedaras tú dueño del negocio de los demás...

—Estoy satisfecho... Pero es necesario todavía que compres la casa que ocupan hoy los Grimley y que me perteneció en otro tiempo.

—Mañana será igualmente tuya...

María había comunicado a Tomás la extraña visita recibida.

Y, alma buena, espíritu lleno de generosidad, brindó a su amigo el dinero que Billy le había entregado.

—Me lo han facilitado a cuenta de beneficios... Yo se lo presto a usted. Ahora podrá usted regresar a sus pozos de petróleo y seguir luchando...

—Ya no es posible, María. La opción de arriendo que tenía mi padre caducó hace un mes.

—¡Pobre Tomás! ¡Pero no se desanime usted! ¡Quién sabe si Keene se ocupará también de sus cosas y le sacará adelante!... Yo se lo pediré...

—¡María! ¡Es usted la única persona de Bradford que tiene fe en mí!

Y Redding seguía representando su comedia, esperando la hora hermosa del desquite.

*

Es ley de naturaleza que el pez grande se coma al pequeño. Así, en pocos días, los tenderos, los fabricantes, se vieron absorbidos por el poder del millonario.

Billy les reunió una tarde y les dijo:

—Caballeros, el señor Keene va a llegar a Bradford dentro de unos días y desea saludar a todos ustedes... Yo acabo de comprar la vieja casa de la

familia Redding y, en ella, dará mi representado una fiesta íntima en la que les ofrecerá sus respetos.

A pesar de cuanto había ocurrido, todos se mostraban reconocidos al millonario a quien deseaban conocer. Se había apoderado de sus tiendas y comercio y el traspaso lo iba a pagar a su llegada a la población. Prometía mucho dinero, embellecía la ciudad, construyendo un magnífico parque, arreglaba las grandes avenidas, y proyectaba nuevos planes para hermosearla más aún.

El policía Antonio, ascendido a jefe de policía por obra misteriosa, ocupaba su nuevo cargo con toda dignidad y orgullo; los vecinos le miraban asombrados. ¡Las vueltas que da el mundo!

Y por fin llegó el día memorable en que "todo Bradford" se preparaba para dar la bienvenida al multimillonario Dupont Keene. Todo el pueblo había acudido a la estación. La señora Redding y María esperaban también a Keene, deseosas de conocer al extraño personaje.

La plana mayor del pueblo se había congregado allí. Los Grimley, padre e hijo, Hornby, el alcalde, Olivia que se enteró por Billy de que Keene era joven y soltero y ya pensaba atraérselo con su acostumbrada audacia...

En la estación anterior a Bradford subieron a un tren especial unos misteriosos viajeros: Tomás y Billy.

—¡Pienso vengarme de todos!... — exclamaba Redding.

En el propio vagón, cambiósede de traje vistiéndose de chaquet y sombrero de copa, quedando convertido en un apuesto señor.

En Bradford había una verdadera conmoción popular ante la anunciada llegada del millonario... Y

las mujeres soñaban en el hombre joven y desconocido que se había hecho el amo de la urbe y la embellecía urbanizándola y mejorando los almacenes y establecimientos de que se había hecho dueño.

El tren llegó finalmente... Sonó una salva de aplausos... El millonario... Keene... ¡Viva!...

Un caballero saludaba agitando su sombrero de copa. A su lado, Billy sonreía... Pero... ¿no era Tomás Redding aquel hombre?... ¿Qué significaba todo aquello?

—Señores — aclaró Billy—. Es para mí un honor poder presentar a ustedes al hombre que tanto ha hecho por esta hermosa ciudad.

—¡Redding... Redding... millonario!...

—Sí, yo, señores, yo — dijo Tomás sonriente y descendiendo del vagón—. Yo que tengo atado a más de uno de pies y manos.

Grimley y sus amigos se miraron horrorizados. El griterío era ensordecedor.

El pueblo sentíase avergonzado. ¡Su protector, Tomás, el hombre a quien habían injuriado! Pero los antiguos dueños de la fábrica y almacenes no podían ocultar su emoción... ¡Buena la habían hecho!... Billy no les había pagado todavía nada... Keene era quien debía pagarles con creces la cesión...

Y Keene no existía... era un mito... El verdadero propietario era Tomás, el hombre a quien habían humillado... ¡Ay, pobre dinero! ¡Probablemente no lo cobrarían!

Tomás les miró sonriente, con burla, y al pasar les dijo:

—Supongo que no faltarán ustedes a la fiesta que doy mañana.

La señora Redding y María, en un rincón, no da-

ban crédito a lo ocurrido. Les parecía soñar. Tomás se acercó:

—Mamá, perdona la farsa... Vengo a ofrecerte mi fortuna... Keene no existe más que en mi imaginación... Tengo pozos de petróleo que valen millones.

La señora Redding lloraba... María, a su lado, quería prodigarle sus ternuras.

—Y tú, María, tú que me apoyaste cuando yo te parecía un pobre abandonado, no me rechazarás ahora, ¿verdad? Puedo ofrecerte las riquezas mayores del mundo.

—Tomás... ¿por qué nos has engañado a todos?... ¡Cómo nos has hecho sufrir viéndote pobre y fracasado!

—De esta manera he comprendido quiénes son mis verdaderos amigos...

Los aplausos se repetían sin cesar... Querían deagraviarle. Tomás subió a un auto con su madre y María. Y dentro de cincuenta años, los jóvenes de hoy hablarán del día en que Tomás Redding desfiló en triunfo por la calle Mayor.

Llegaron a la antigua casa de los Redding que ya les pertenecía de nuevo. La madre miraba admirada todo aquello, sin comprender.

—Madre, esta es nuestra casa que quisieron quitarnos. Ya nadie logrará echarnos de ella... Y esta noche, en la fiesta que daremos a cuantos nos humillaron, vamos a vengarnos de los que nos hicieron sufrir.

¡Aquella noche!... Grimley, Hornby y los otros comerciantes que se veían al borde de la miseria, pensaban en lo que iba a ocurrir. Aquel Tomás les había arrojado a la miseria. Y ellos cayeron, ingenuos, en el garlito.

Llegó por fin aquella hora. Lo más notable de Bradford esperaba, asustado, el proceder de Tomás. Pero

el joven, con una sonrisa cordial, les habló a todos.

—Amigos míos, os he reunido para daros las gracias por el espontáneo y entusiasta recibimiento de que me habéis hecho objeto. Yo no sé cómo expresar mi amor a los amigos con los que desde niño he convivido en mi pueblo natal; en nuestro pueblo...

Cuantos le habían humillado antaño, sudaban tinta. Tomás prosiguió:

—¿Sabéis por qué he adquirido la propiedad de vuestras instituciones industriales y comerciales?... No temáis, os pagaré a todos su importe, y además quedarán al frente de ellas, como gerentes o administradores con un buen sueldo, los mismos que hasta ahora las han dirigido.

Y les siguió hablando. El amigo que está arriba debía ayudar al amigo que está abajo... Ahora él había sido favorecido con la fortuna y en vez de encerrarse con la soledad del egoísmo, favorecería la ciudad, donando la mayor parte de su fortuna a su tierra natal. Nadie saldría perjudicado. Los Grimley, los Hornby, cuantos en otro tiempo le habían injuriado, podrían considerarle como un amigo.

Esta extraña actitud emocionó a los antiguos amigos de Redding que tan mal se habían portado con él. ¡Noble y simpático Tomás!... Bien comprendían su indignidad y lo escandaloso de su conducta... con él... ¡Y ahora tan bueno, les perdonaba!

—Pero, ¿no querías vengarte de ellos? — le dijo Billy.

—Esta es la mejor venganza: devolverles bien por mal; precisamente lo que ellos necesitaban, lo que más claramente ha de hacerles conocer sus defectos... De avergonzados que están no van a poder dormir esta noche.

Y en efecto, lo estaban. Todos le miraban sin atre-

verse a hablar, humillados, puestos en ridículo... Noble y generosa actitud la del millonario que pagaba los golpes recibidos con la caricia de su corazón... ¡Sí, sí; buena lección y aprovechable!

Y salieron de casa de Redding aclamándole y bendiciendo su nombre... Y también Olivia, triste y derrotada, tuvo que comprender, aunque demasiado tarde, que se había equivocado de medio a medio...

Para Inesita, la vecina más chismosa de Bradford, resultó la fiesta una verdadera decepción, pues ella había venido creyendo presenciar una hecatombe.

—Inesita — le dijo Tomás, sonriente—, voy a confiarle un secreto: María se va a casar conmigo... pero no se lo digas a nadie... a nadie, ¿entiendes?

Media hora después lo sabía todo el pueblo. Y Tomás pudo saborear finalmente la gloria de sentirse feliz, porque además de su fortuna lograba el amor de María, la jovencita que siendo él pobre y fracasado, le amó con todo su corazón y le acompañó con su fidelidad entre una sociedad egoísta.

FIN

Revisado por la censura gubernativa
Prohibida la reproducción.

Compre usted el último gran éxito editorial :

AMOR DE PADRE

por Lon Chaney, Norma Shearer, etc.

Los Grandes Filmes

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

50 CTS.